

---

# MITO Y UTOPIA EN LOS CONFINES DEL MUNDO. LA GEOGRAFÍA FANTÁSTICA DE DIODORO DE SICILIA\*

---

*Erwin Robertson R.*

*Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Chile*

A fines del siglo I a.C., en un momento en que el mundo antiguo estaba a punto de unificarse en la forma del Imperio Romano, puede decirse que el conocimiento científico antiguo había alcanzado su culminación. No obstante, en relación con los territorios que conformaban los «confines» de la *oikoumene*, podía encontrarse aún el Mito, aliado a la especulación geográfica y etnográfica y a utopías racionalistas. Es el caso de la descripción de esos confines incorporada en la *Bibliotheca Historica* de Diodoro de Sicilia, objeto de nuestro análisis. Repertorio de «maravillas», relato paradoxográfico, novela utópica o exposición científica estropeada, los pasajes pertinentes de la obra de Diodoro tienen el mérito de proporcionar una suerte de suma de la visión que los antiguos tenían del mundo de los confines.

*Palabras clave: utopía, mito, paradoxografía, confines del mundo*



---

## MYTH AND UTOPIA AT THE EDGES OF THE WORLD. THE FANTASTIC GEOGRAPHY OF DIODORUS OF SICILY

---

*At the end of the 1st. century BC, when the Ancient World was to be unified as the Roman Empire, it can be said that the ancient scientific knowledge had culminated. However, in respect to the lands that constituted the «edges» of oikoumène, the Myth could be found associated to geographic and ethnographic guess and to rationalist utopias. This is the case with the description of those edges imbedded in the Diodorus of Sicily's Bibliotheka Historiké. Catalogue of «marvels», paradoxographic story, utopic romance or marred scientific exposé, the relevant excerpts of the work of Diodorus give us a sort of summa of the Ancients' view of the world's edges.*

*Keywords: utopia, myth, paradoxography, edges of the world*

---

\* Se expuso el tema en las Segundas Jornadas de Estudios Clásicos, organizadas por el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile (Santiago), del 22 al 24 de abril de 2008. E-mail: erwinrob@yahoo.es

EN LA ÉPOCA HELENÍSTICA Y TEMPRANA ÉPOCA IMPERIAL romana el conocimiento geográfico del mundo se amplió, como de hecho se ampliaba el mundo mismo –es decir, la zona del mundo dentro de la cual había relaciones significativas: lo que los griegos llamaron *oikoumène*, «la (tierra) habitada». *Tà éskhata, tà peírata gês*, las regiones extremas de la tierra, no sólo parecían accesibles, sino también cognoscibles de modo racional. No fue enteramente así, y los historiadores y geógrafos, tratadistas «serios» –de Polibio a Estrabón–, no siempre podrían separar el grano de la paja en estas materias<sup>1</sup>.

En los inicios mismos de la cultura griega, en Homero, encontramos la mención de los Campos Elíseos, situados «al extremo de la tierra (*peírata gaíes*), donde está el rubio Radamanto»<sup>2</sup>. Serán identificados a continuación con las Islas de los Bienaventurados (*Makáron nésoi*), «junto al Océano de profundas corrientes», donde viven con corazón exento de dolores los «héroes felices a los que el campo fértil les produce frutos que germinan tres veces al año, dulces como la miel»<sup>3</sup>. Perviven pues, en esos confines del mundo las condiciones de la Edad de Oro, perdidas en general para la humanidad en la sucesión de las distintas «razas», hasta la sombría Edad de Hierro.

Edad de Oro e Islas de los Bienaventurados pertenecen al mundo del mito. Sin embargo, en pleno «racionalismo» de fines de la época helenística, un Sertorio, general vencido en las guerras civiles romanas, acorralado en España, contempla por un momento el refugio en esas islas atlánticas, distantes del África –se dice– 10.000 estadios: allí la tierra espontáneamente produce sus frutos, el aire es puro, las estaciones se confunden... Sólo dificultades prácticas impidieron a Sertorio intentar la empresa<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Cfr. en general: GABBA, E., «True History and False History in Classical Antiquity», *The Journal of Roman Studies*, Vol. 71 (1981), pp. 50-62; NICOLET, C., *L'Inventaire du monde. Géographie et politique aux origines de l'Empire Romain*, Fayard, 1985; ROMM, J. S., *The Edges of the Earth in Ancient Thought: Geography, Exploration, and Fiction*, Princeton University Press, Princeton, (NJ), 1994; ROLLER, D. W., *Through the Pillars of Herakles: Greco-Roman Exploration of the Atlantic*, Routledge, 2006; NESSELRATH, H-G., «Where the Lord of The Sea Grants Passage to Sailors Through the Deep-Blue Mere no More': The Greeks and the Western Seas», en *Greece & Rome*, Oct. 2005, vol. 52, N° 2, pp. 153-171; BEAGON, M., «Situating nature's wonders in Pliny's *Natural History*», en *Vita Vigilia est. Essays in honor of Barbara Levick*, ed. by E. Bispham & Greg Rowe, with E. Matthews, Institute of Classical Studies, University of London, 2007, pp. 19-40.

<sup>2</sup> *Odisea*, IV, 563-564.

<sup>3</sup> HESÍODO, *Trabajos* 170-173 a.

<sup>4</sup> PLUTARCO, *Sertorio*, 8. Identidad entre Campos Elíseos e Islas de los Bienaventurados: *ibid.*

Por esta época, las nociones míticas se presentaban «secularizadas» en la forma de los repertorios de «maravillas» (*parádoxa*), de las cosas sorprendentes que ya no se encuentran en «este» mundo, pero que no es increíble escuchar de tierras lejanas. El género paradoxo-gráfico contamina la historia, la geografía y muchos relatos de viajes y aparentes informes de exploraciones<sup>5</sup>.

El interés que despierta lo «exótico» no es nuevo; ya Heródoto hacía caudal de los pueblos sorprendentes y de extrañas costumbres que era dable encontrar en las comarcas extremas del mundo: sin hablar de los arimaspos de un solo ojo en las regiones septentrionales, están los indios, de los cuales unos comen carne cruda, incluso la de sus parientes, a los cuales matan; otros, en cambio, no matan a ningún ser vivo y no siembran nada, y todos se aparean en público. Arabia es maravillosa por los aromas y el incienso, además de las serpientes aladas. Etiopía es notable, como la India, por la abundancia de oro, pero asimismo por las excepcionales estatura y longevidad de sus habitantes, no menos que por su sabiduría. A decir verdad, también de países más cercanos y mejor conocidos por los griegos tiene Heródoto cosas sorprendentes que contar<sup>6</sup>.

Anota también el Padre de la Historia que en las *eskhatiái*, las regiones más extremas del mundo, suele abundar el oro y otros productos que se estiman raros y preciosos a orillas del Mediterráneo<sup>7</sup>. A la inversa, Heródoto considera que no hay testimonios suficientes para creer en la existencia de los Hyperbóreos; y que si existieran éstos –pueblos de «más allá de donde sopla el viento Norte»–, por razones de simetría deberían existir también los Hypernotios, de «más allá de donde sopla el viento Sur»<sup>8</sup>.

Pero en la época helenístico-romana los geógrafos podían discutir con mayor propiedad las noticias sobre esas tierras fabulosas. ¿Pitheas de Massalia, que decía haber llegado a Thule, allí donde el sol brillaba durante la noche y donde aire, mar y tierra se transformaban en algo así como una sustancia gelatinosa, era un mentiroso? ¿Se podía creer a Eudoxo de Cízico, que declaraba haber navegado de Egipto a la India y haber emprendido la circunnavegación del África desde Occidente?<sup>9</sup> Precisamente, los conocimientos geográficos imperfectos –sobre las verdaderas dimensiones del África o del Asia, por ejemplo– podían hacer más verosímiles o, al contrario, inverosímiles, las noticias sobre ciertas exploraciones<sup>10</sup>.

<sup>5</sup> «The Hellenistic genre of paradoxography or 'marvel-writting', a pseudoscientific precursor of our own 'believe-it-or-not' collections... essentially consists of catalogues of all the most bizarre and unintelligible phenomena of nature»; ROMM, *op. cit.* (n. 1), p. 92. Cf. BEAGON, GABBA, NESSELNATH, *op. cit.* n.1. El llamado «Periplo de Hannón», citado a veces como documento histórico (p. ej., STRABÓN, *Géographie*, I, note 6, p. 205, Les Belles Lettres, 1969), ejemplo de ficción paradoxográfica en GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., «El relato de viajes en la literatura griega», en GRAMMATICO, G., et al. *Búsqueda, aventura y descubrimiento*, UMCE, Santiago, 1996, p. 80. En la misma línea: ALBALADEJO VIVERO, M., «Algunas consideraciones críticas sobre los viajes de Eudoxo de Cízico», en *Gerión* 2007, vol. 25, N° 1, pp. 235-258. Acepta la autenticidad del Periplo de Hannón: ROLLER, *op. cit.* (n. 1).

<sup>6</sup> Arimaspos: HERÓDOTO, IV, 27; India: *idem.* III, 99-100; Arabia: III, 107, 113; Etiopía: III, 20-2 y 114. Costumbres nupciales de los lidios: I, 94; de los babilonios: I, 106, 199. Costumbres de los egipcios: II, 35 ss.

<sup>7</sup> *Idem.* III, 106.1; III, 116.3.

<sup>8</sup> Hyperbóreos: *idem.* IV, 32 y 36. Ver *infra*, n. 17.

<sup>9</sup> ESTRABÓN, II, 2 (Pitheas) y II, 3.4-5 (Eudoxo). La noticia sobre el «sol de Medianoche» se encuentra en un fragmento del astrónomo GEMINOS, *cit.* por WALBANK, F. W. *The Hellenistic World*, Fontana, 1981, p. 204.

<sup>10</sup> «...L'Afrique est conçue comme une bande de terre plus longue que large... D'où la foi que l'on accorde à toutes les relations, fantastiques à nos yeux, qui font état de circunnavigations possibles par l'ouest, vers le nord ou vers le sud»; NICOLET, *op. cit.* (n. 1), p. 88.

\*

En Diodoro de Sicilia, en medio de una historia que se quiere «positiva» –y que en parte lo es–, junto a un repertorio de mitos de Oriente y de Occidente, se encuentran las noticias sobre países lejanos y exóticos –y algunos no tanto. La India, Egipto y Arabia, por supuesto; las Amazonas, no sólo en su ubicación –tradicional desde Homero– en algún lugar del Asia, sino también en su sede africana, donde enfrentan a los Atlantes (*Atlantioi*, «atlantios», dice Diodoro)<sup>11</sup>.

Cierto, Diodoro no goza del mayor prestigio como historiador<sup>12</sup>. Pero, en su *Biblioteca Histórica* ha tenido el mérito de conservar a otros autores, perdidos para nosotros: historiadores y geógrafos, por cierto; pero también novelistas utópicos y teorizadores sobre el origen del culto religioso. Junto a motivos paradoxográficos, nos topamos en su obra con viejos temas míticos y nóveles construcciones racionalizantes. Encontraremos de unos y otros precisamente en *tà peírata gês*: en cuatro islas, o grupos de islas, que nos muestra el Sículo.

### La isla de occidente

Diodoro dedica el libro V de su *Bibliothēke* a hablar de «las islas» (*tà nesiotiká*, V, 2.1). Se trata fundamentalmente de las islas del Mediterráneo, conocidas ciertamente desde antiguo por los griegos. De todas ellas hay alguna particularidad que contar: mitos, noticias históricas sobre su colonización, rasgos físicos, como el humo procedente de la intensa fundición de hierro que da nombre a Aitháleia (Elba-13.1). La descripción se hace en muchos casos tributaria del género paradoxográfico: los habitantes de Kýrnos (Córcega) son los más útiles esclavos que se pueda poseer, pero viven entre ellos virtuosa y justamente (13.5-14.1); en las Eóolidas o Lipari, la propiedad de la tierra es común (9.4-5), y en las Baleares, llamadas también *Gymnesiai*, porque sus habitantes van desnudos en verano, no se usa el oro ni la plata (17.4). Sorprendente es la costumbre (*parádoxon nómimon*) que los baleares observan en sus bodas: los parientes y amigos del novio yacen por turnos con la novia, los más viejos primero, por orden decreciente de edad (18.1). Se ve que en estas islas se mantiene el cuadro de una antropología exótica, donde leyes y costumbres son «al revés» del resto del mundo<sup>13</sup>.

Mas Diodoro tiene también noticia de una isla situada más allá de las Columnas de Heracles, en pleno Océano, a varios días de navegación de Libia hacia el oeste (V, 19.1).

<sup>11</sup> DIODORO: Amazonas de Libia: III, 52 y ss.; Atlantios: III, 56 y ss. Todo el libro I de la *Bibliothēke historiké* está dedicado a Egipto; Etiopía y Arabia figuran en el libro II.

<sup>12</sup> WILAMOWITZ: «miserable scribbler» (*miserabler Skribent*); TARN: «he is rather stupid». Cit. por GREEN, P., en Diodorus Siculus: Books 11-12.37.1. *Greek History, 480-431 BC - the Alternative Version*. Transl. with Introduction and Commentary, by Peter Green, Austin (TX), University of Texas Press, 2006, p. 1 y n. Un juicio más matizado en GREEN, *ibidem.*, y en WALBANK, *The Cambridge Ancient History: The Hellenistic World, Part I - 2nd. Ed.* (1984), edited by F. W. Walbank, A. E. Astin, M. W. Frederiksen and R. M. Ogilvie; p. 6.

<sup>13</sup> Los egipcios, decía Heródoto, han adoptado en casi todas las costumbres y leyes contrarias a las de los demás pueblos: II, 35.

Tendría que tratarse sin duda de la isla identificable con Kerne, mencionada en el *Periplo de Hannón*, y cuya existencia era discutida por los geógrafos antiguos: afirmada por Eratóstenes y negada por Estrabón<sup>14</sup>. Diodoro no da nombre a esta isla<sup>15</sup>; sin embargo, menciona su descubrimiento por los fenicios, asegurando que éstos decidieron mantener en secreto su existencia, como una reserva y un refugio para el caso de que algún desastre cayera sobre Cartago (V, 20).

La descripción de la isla se ajusta al género: es una tierra rica en frutos (*khora karpophoros*); aunque montañosa, hay en ella una llanura no pequeña, de extraordinaria belleza. A través de ella corren ríos navegables y útiles para el regadío. La isla contiene muchos *paradeisa*, parques y cotos de caza cuyo modelo para los antiguos fueron los del Rey de los Persas: jardines regados por agua dulce, villas privadas y casas de banquete; allí los habitantes pasan el verano, puesto que la tierra proporciona en abundancia todo lo que contribuye al deleite y al lujo –curiosos veraneantes, ya que se nos ha dicho que la isla no ha sido colonizada. En las montañas crecen árboles frutales variados (19.3); hay, por cierto, excelente caza de todo tipo (19.4). Hay que añadir que la pesca es abundante en el mar que rodea la isla; y el aire es tan suave que, en suma, el lugar parece, por su excepcional felicidad, un lugar digno para que habite en él, no una raza de hombres, sino de dioses (*theôntinon, ouk anthrópon hypárkhein embiotérion*– 19.5).

Una tierra paradisíaca; sólo que le falta la sencillez filosófica que suelen ostentar los habitantes de tantos lugares similares. Pues a los de la Isla de Occidente no les falta nada de lo que corresponde al lujo y a la extravagancia (*pròs tryphèn kai polytéleian anakón-ton*). La ínsula diodorana se asemeja a lo que sería el desideratum de los nobles romanos desde fines de la República, más que a la Atlántida o a las islas que la imaginación mítica de tiempos posteriores situará también en el Océano occidental, Avalón o la isla de San Brandán. Apenas es necesario agregar que la imagen paradisíaca resurge en la percepción colombina del Descubrimiento de América<sup>16</sup>.

### La isla del norte

La Isla del Norte es, por supuesto, la de los Hyperbóreos. Pero no se encuentra en el libro de «las Islas», sino en el libro segundo. Habiendo tratado en los capítulos previos de este libro acerca de las regiones del Asia que se inclinan hacia el Norte (y, específicamente, sobre escitas y amazonas), Diodoro estima apropiado tratar también de lo que se cuenta sobre los Hyperbóreos (*tà peri tòn Hyperboréon mythologóúmena*). Nuestro autor se remite en este caso a la autoridad de Hecateo de Abdera y otros, que habían dicho que al otro lado de la Céltica (la Galia), en el Océano, había una isla no menor que Sicilia. Era habitada

<sup>14</sup> ESTRABÓN II, 3.2.

<sup>15</sup> Para el autor, Kerne es una ciudad de los Atlantes, en el continente africano, destruída por las Amazonas libias (III, 54.3-4).

<sup>16</sup> Cfr. GÓNGORA, M., «El Nuevo Mundo en algunas escatologías y utopías de los siglos XVI a XVIII», en GÓNGORA, *Estudios de Historia de las Ideas y de Historia Social*, Edic. Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 1980, pp. 13-48.

por los Hyperbóreos, así llamados porque vivían más allá de donde sopla el viento Bóreas (2.47). El punto también era discutido: ya Heródoto había sostenido, como sabemos, que no existían los Hyperbóreos; Eratóstenes le corregía<sup>17</sup>. Nuestro Diodoro no menciona a Thule, cuyo descubrimiento pretendía más recientemente Pytheas, y objeto también de discusión para los geógrafos<sup>18</sup>.

Las características naturales de la Isla de los Hyperbóreos no son las de Thule, desde luego. La isla de que hablamos es fértil y productiva de toda clase de frutos; produce dos cosechas al año. Es que su clima es inusualmente templado, dada la latitud que se le supone, pero conforme por lo demás a una geografía mítica.

Se ajusta también a los datos míticos todo lo que Diodoro sabe de esta isla: se cuenta que en ella nació Leto, y por eso Apolo es honrado de preferencia a todos los demás dioses. Según se dice, Apolo visita la isla cada diecinueve años, período en el cual las estrellas vuelven al mismo punto del cielo de que partieron. Diodoro piensa que este período es el llamado «ciclo de Metón»<sup>19</sup>. En su epifanía nórdica, Apolo toca la cítara y danza continuamente la noche del equinoccio de primavera, hasta que salen las Pléyades. Por cierto, la Luna aparece tan cercana desde la isla, que sus prominencias se advierten a simple vista.

Los Hyperbóreos tienen una organización civil, como se desprende el relato de Diodoro. Una ciudad de la isla está consagrada al dios; la mayoría de sus habitantes son citaredos y pasan tocando la cítara y cantando himnos en alabanza de su señor. Hay también un magnífico *témenos* de Apolo, con un digno templo, esférico en forma y adornado con muchas ofrendas (47.2). El rey y los sacerdotes inspectores del *témenos* son llamados Bóreadas, como descendientes que son de Bóreas (47.6).

Finalmente, los Hyperbóreos –que tienen su propio lenguaje– son muy amistosos hacia los griegos, y especialmente hacia atenienses y delios. Diodoro tiene presente seguramente el relato de Heródoto sobre las ofrendas que llegaban de ese remoto norte al santuario de Delos, y da por muy conocida la historia de Ábaris, el hyperbórico que visitó Grecia viajando por el aire montado en una flecha<sup>20</sup>.

### La isla del sur: la Historia de Evemero

En su descripción de la *oikouméne*, Diodoro se detiene dos veces en las islas del Océano del Sur, en una duplicación que produce sendas historias inconexas entre sí: la del libro II, a continuación del información sobre el Oriente «clásico» (Egipto, Asiria, Media, India, Arabia), y la del libro V, en medio de la descripción de «las islas». Comenzaremos por esta última.

<sup>17</sup> Cfr. n. 8; ESTRABÓN II, 3.22

<sup>18</sup> ESTRABÓN I, 4.3; II, 4.1; II, 5.8, 43.

<sup>19</sup> El astrónomo ateniense del s. V estableció el «ciclo» que lleva su nombre, para compatibilizar el año lunar y el solar, a partir del descubrimiento de que 19 años solares son iguales a 235 meses lunares.

<sup>20</sup> HERÓDOTO, IV, 34-35 (las ofrendas de los hyperbóreos a Delos); 36 (Ábaris).

Después de describir en este libro (V) las tierras al norte y al oeste de la *Oikouméne*, Diodoro se vuelve hacia la parte del Océano que la rodea por el sur, frente a la Arabia que se inclina hacia el este y confina con la llamada Kedrosia (II, 41.1) –o Gedrosia, en la denominación más usual. Se trata, pues, del golfo de Omán o del mar Árabe de la geografía actual. Allí se encuentran, asegura, numerosas islas, de las cuales tres son dignas del registro histórico (*áxiái tês historikês anagraphês*). La primera es Hiera («la Sagrada»), donde no está permitido enterrar a los muertos. La analogía con Delos, sujeta a prohibición semejante por las mismas razones, es clara. Por lo tanto, los muertos son llevados a la segunda isla, a siete estadios de distancia. Además, Hiera no produce ningún fruto –otro punto que la asemeja a Delos<sup>21</sup>–, salvo incienso; en tal abundancia, que bastaría para honrar a los dioses de todo el mundo. Produce igualmente una cantidad excepcional de mirra y toda clase de perfumes (41.4). Recuérdese que estamos en la cercanía de la Arabia *Eudaímon*, «Feliz», y de la Costa de los Aromas, en la Somalia actual, tierras tradicionales de las sustancias aromáticas.

Después de describir la obtención del incienso (41.5-6), Diodoro concede una mención al orden social de Hiera: el rey posee la mayor parte de la tierra y percibe un diezmo sobre los frutos que la isla produce (42.1). El cuadro aquí no es el de las igualitarias tierras de Utopía, sino más bien el de las sociedades despóticas de Oriente.

Con una escueta mención a la tercera Isla del Sur –que desde ella se puede divisar la India (42.3)–, y dejando en cierta confusión las posiciones relativas de las islas, Diodoro comienza a hablar de la que es sin duda la más importante, *Pankhaia*. Sus habitantes, en primer lugar, son *autókthones*, «nacidos de la tierra»: como los atenienses pues, o mejor como los etíopes, de quienes piensa Diodoro que fueron los primeros hombres engendrados en la tierra por el ardiente sol del Mediodía (III, 2.1). Habitan también en Pankhaia inmigrantes: los Oceanitas, los Indos, los Escitas y los Cretenses (V, 42.4). Extraña mezcla de pueblos, todos con reputación de sabias costumbres; los cretenses tienen la importancia adicional que se dirá. Entre las ciudades de la isla destaca la de Panara, por la poco usual felicidad de sus habitantes; son llamados éstos «suplicantes de Zeus Triphylios» –sobre lo que se volverá– y son los únicos de Pankhaia que viven bajo sus propias leyes (*autónomoi*) y no están regidos por reyes (*abasíleutoi*). Eligen cada año tres magistrados, que juzgan en todas las materias, pero no tienen competencia en causas capitales. Los más graves de estos casos los remiten voluntariamente a los sacerdotes (V, 42.5).

A unos 60 estadios de distancia de Panara está el santuario de Zeus Triphylios, notable por su antigüedad, lo costoso de su construcción y su favorable ubicación (42.6). Pues la llanura alrededor de este santuario es paradisíaca, según lo que cuenta Diodoro: toda ella está cubierta de bosques de árboles elevados; de toda clase, no sólo frutales, sino también de agrado –cipreses, plátanos, laureles y mirtos. Aves de todo tipo hacen sus nidos en ellos. La región abunda en fuentes de agua dulce, una de tal tamaño que alimenta un río navegable, llamado «Agua del Sol»; se trata de aguas dulces y benéficas. Las nueces que dan ciertos

---

<sup>21</sup> Cf. *Himno Homérico a Apolo*, 51 y ss.

árboles proporcionan a los nativos abundante alimentación; por supuesto, además crece la vid (43.3). Hay multitud de animales: elefantes, leones, leopardos y gacelas (45.1). Por la «divina conveniencia» (*theoprepeía*) de su aspecto, el lugar parece digno de los dioses del país (43.2); de hecho, toda la llanura bajo el templo ha sido consagrada a los dioses y sus productos se destinan a los sacrificios (44.5).

De especial interés es lo que se cuenta del santuario de Zeus Triphylios. Conduce al templo un *drómos* de 4 estadios de longitud y un *plethro* de ancho, flanqueado por grandes vasijas de bronce. El templo es de mármol blanco y alberga notables estatuas de los dioses. Más allá se eleva una montaña, también consagrada; se le llama «Trono de Urano» (*Ouranoû díphros*) y «Olimpo Triphylios». Relata el mito que, en tiempos antiguos, cuando Urano era rey de la *oikouménē*, gustaba detenerse en este lugar y desde la alta cima, escrutaba los cielos y las estrellas. El epíteto («de las Tres Tribus») se debe a que los habitantes pertenecían a tres razas: los Pankhaios y los Oceanitas, ya mencionados, y los Doios, que fueron expulsados más tarde por Ammón (no dios sino rey, como se verá; y ningún otro que Zeus). Ammón no sólo expulsó a este pueblo, sino que destruyó hasta los cimientos sus ciudades, Doia y Asterousia (44.6-7). Por lo tanto, hay una historia de tensiones en esta isla, que –como veremos– presenta en general la plácida armonía de las utopías. Una vez al año, los sacerdotes hacen un muy santo sacrificio en la montaña.

Ahora, en cuanto a la *politeia* de los Pankhaios, no sorprende encontrar en ella la división en castas (*merê*): la primera es la de los sacerdotes (*tò tôn hieréon*), a quienes son asignados los artesanos (*tôn tekhnitôn*); la segunda la de los labradores (*tôn georgôn*), y la tercera la de los guerreros (*tôn stratiotôn*), a los que son agregados los pastores (45.3). Porque la división en castas parece característica de esos Estados bien ordenados y exóticos: paradigmática es la de Egipto, como sabemos por Heródoto y por Platón<sup>22</sup>. La India también está organizada en castas, según los datos que Megástenes entregó al mundo griego; sólo que aquí son siete: filósofos, cultivadores, pastores y ganaderos, artesanos, guerreros, inspectores y «los que deliberan y aconsejan»<sup>23</sup>.

En Pankhaia, los sacerdotes son los dirigentes (*hegemónes*); son jueces y tienen competencia sobre todas las cuestiones públicas (V, 45.4) –ya se vio que los arcontes de Panara les remiten voluntariamente los asuntos más importantes. Los labradores aportan los frutos de la tierra al depósito común (*tò koinón*). Cuando son repartidos, aquellos que, a juicio de los sacerdotes, mejor han cultivado su tierra, son premiados, por orden de excelencia, del primero al décimo. De igual manera, los pastores llevan a los corrales públicos (*tò demósion*) los animales, sacrificiales o no, según su número y peso, cuidadosamente especificados. Porque, en general, no hay nada que se pueda poseer privadamente, salvo casa y huerto, sino que los productos y las rentas son tomadas por los sacerdotes, que las reparten, dando con justicia a cada uno lo suyo; sólo ellos, los miembros del estamento dirigente, reciben doble

<sup>22</sup> HERÓDOTO, II, 164; PLATÓN, *Timeo* 24 a. Para Diodoro, es más bien la tierra de Egipto la que está dividida en tres partes (*tría mére*), asignadas respectivamente a los sacerdotes, a los reyes y a los guerreros (I, 73.2 y ss.).

<sup>23</sup> DIODORO II, 40-41 y ARIANO, *Índika*, VIII, 11-12.



porción (45.4-5). No son precisamente los reyes filósofos de Platón; aquí, los sacerdotes se distinguen de los demás por su lujo, refinamiento y elegancia: estolas de lino, mitras tejidas con oro, ornamentos de oro como las de las mujeres, salvo los pendientes. Sus deberes principales consisten en los honores a los dioses (46.2).

En cuanto a los guerreros, ya se nos ha dicho que son belicosos y que usan carros de guerra, «a la antigua manera» (45.2-3); se agrega que reciben una paga adecuada. No parece que Pankhaia vaya a tener guerras exteriores; pero nos enteramos de que hay bandidos en una parte del país (46.1).

En general, el modo de vida de los pankhaios no es necesariamente filosófico, sino que antes recuerda el lujo de Oriente, nunca bien visto por los autores clásicos: a sus ropas especialmente suaves –tejidas con la especial lana de sus ovejas– se agrega la frecuencia del oro en los adornos personales: hombres y mujeres usan collares, brazaletes y pendientes –a la manera de los persas, acota Diodoro. Hombres y mujeres usan también la misma clase de zapatos (45.6). Por lo que se ve, los sexos no se distinguen entre sí por la vestimenta o los adornos.

El oro y otros metales, aunque abundantes en Pankhaia, no pueden ser sacados de la isla. Tampoco los sacerdotes pueden salir: si alguno lo hace, puede ser muerto por cualquiera (46.4).

Una utopía en suma; utopía teocrática en la que no faltan ni la propiedad común de los bienes de producción, ni el equilibrado orden social, ni la relativa igualdad entre hombres y mujeres, ni la naturaleza especialmente favorecedora. Tampoco faltan las restricciones a la libertad individual. Mas eso no es todo: Pankhaia aclara además un fundamental punto de la teoría e historia de las religiones, como la entendía la época helenística. De acuerdo a los mitos que transmiten los sacerdotes –informa Diodoro–, los dioses vienen de Creta y fueron llevados a Pankhaia por Zeus, cuando éste residía entre los hombres y era rey de la tierra habitada. Como prueba de ello, se aduce en el país el lenguaje: la mayoría de las cosas conserva su nombre cretense. Prueba más decisiva radica en las inscripciones, hechas por Zeus mismo cuando fundó el templo (46.3). Pues en el templo, entre las grandes ofrendas de oro y plata allí almacenadas, hay una cama y una mesa de oro, destinadas a los dioses –para la ceremonia que los romanos llamaron *lectisternium*–; en el centro de la cama se yergue una estela, también de oro, inscrita con «la escritura que los egipcios llaman sagrada». En ella se puede leer acerca de las hazañas de Zeus y de Urano, así como las de Artemisa y de Apolo, agregadas éstas por Hermes (46.7).

Nos encontramos así con la *Hierà Anagraphé*, la *Historia Sagrada* de Evemero de Mesene, no mencionado por Diodoro en la parte conservada de su obra, sino en los fragmentos del libro VI. Resulta aquí que fuente de la descripción de Pankhaia es el relato de este supuesto amigo del rey macedonio Casandro, enviado por «ciertos asuntos de Estado» (*basilikás tinas khreías*) a explorar el Océano desde la Arabia Feliz (VI, 1.4-5). Evemero, pues, es el «descubridor» de Pankhaia, al estilo de tantos pseudo-descubridores de las tierras fabulosas del Nuevo Mundo<sup>24</sup>. Más importante, Evemero pasa por autor de la teoría que

<sup>24</sup> Como los descubridores de las Amazonas o de la Ciudad de los Césares: cf. ROBERTSON, E.: «La Ciudad de los Césares entre el Mito y la Historia», *Revista de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación* N° 3, 1997, pp. 131-146.

llamamos *evemerismo*. Los dioses de la mitología tradicional han sido en ésta racionalizados: o bien, unos, «eternos e incorruptibles» (*aidíous kai aphthártous*), se identifican con los elementos naturales, como el sol, la luna y los vientos; o bien, otros, fueron hombres que, no obstante, por sus grandes hechos en beneficio (*euergesía*) de la humanidad, merecieron la apoteosis y son considerados desde entonces, a justo título, divinidades (VI, 1.2). Urano fue el primer rey, rey virtuoso y benefactor (*euergetikós*) por cierto, que por su conocimiento del movimiento de los astros y por haber sido el primero en instituir sacrificios a los dioses celestes, recibió el nombre de *Ouranós* (VI, 1.8). Zeus, fundador del templo que sabemos en Pankhaia, después de recorrer muchos países, fue honrado como dios (VI, 1.10). Como también sabemos, fue él quien hizo grabar la inscripción relatando su historia<sup>25</sup>.

En el mismo sentido que Evemero escribió Hecateo de Abdera, también seguido por nuestro Diodoro en su libro sobre Egipto. Unos dioses corresponden a los elementos naturales –decía Hecateo–, otros fueron terrestres y mortales, pero alcanzaron la inmortalidad. De éstos, algunos fueron reyes en Egipto: Helios, Cronos, Rea, Zeus –«que es llamado por algunos Ammón»–, Hefestos, Hestia y Hermes (Diodoro, I, 13). Por sus grandes hazañas, Zeus ganó el dominio de todo el mundo (I, 13.4). Su hijo Osiris, identificado con Diónysos, fue el primero en hacer que la humanidad renunciara al canibalismo (14.1): qué mejor ejemplo de rey civilizador, merecedor por ello de apoteosis y culto. La misma explicación evemerista es seguida por Diodoro en su descripción de la tierra de los Atlantes, a la que, «según algunos», se remonta el origen de los dioses. Encontramos allí de nuevo la sucesión Urano, Cronos (con su hermano Atlas) y Zeus, hijo de Cronos; todos reyes civilizadores, elevados al culto y a la mitología (III, 56-61)

Se ha sostenido que el evemerismo vino a constituir una justificación de las pretensiones de culto divino de los monarcas helenísticos y de los emperadores romanos<sup>26</sup>. Teoría racionalista del origen de la religión, modelo para los actuales soberanos, la *Historia Sacra* de Evemero acierta al poner las pruebas de la realeza humana de Zeus y los otros dioses lejos del alcance de la crítica, fuera de «este» mundo: en la desconocida Pankhaia, precisamente. Mas, en cuanto información geográfica, el relato de Evemero de Mesene no ganó general crédito: los geógrafos «científicos» –Polibio, Eratóstenes– lo tenían por prototipo de narrador fantasioso<sup>27</sup>. El buen Diodoro lo incorpora en su descripción de la *oikouménē*, uniendo el motivo del exotismo a la inquietud racionalizante y a la utopía.

### La isla del sur: la historia de Iámbulos

Pero antes, en su libro II, el autor, después de haber descrito las regiones del oriente del Mediterráneo –Egipto, Asiria, Babilonia– y del norte del Asia –incluyendo, como hemos visto, la Isla de los Hyperbóreos–, concluye su narración con el relato acerca de «la isla

<sup>25</sup> Este fragmento de Diodoro es conservado en EUSEBIO DE CESAREA, *Praeparatio evangelica*, 2.2.59a-61a (= II, 52-55). Otro apologista cristiano, Lactancio, se refirió también a Evemero: LACTANCIO, *Institutiones Divinae* I, 11.

<sup>26</sup> BOSWORTH, B. «Augustus, the Res Gestae and Hellenistic Theories of Apotheosis», en *Journal of Roman Studies*, Vol. LXXXIX, 1999, en esp. pp. 1-18. También: ROBERTSON, E. «Dejémoslo ser un dios si quiere. Consideraciones sobre la Apotheosis», en G. GRAMMATICO & A. ARBEA (editores), *El ascenso. Pegaso o las alas del alma*. Col. Iter, Santiago, 2003, pp. 143-161.

<sup>27</sup> Cf. ESTRABÓN, I, 3.1; II, 4.2.

descubierta en el Océano hacia el sur» (*katà tò̃n okeanòn euretháises nésou katà tèn mes-embrián*) y las cosas increíbles que se cuentan de ella (II, 55.1).

Se trata de la historia de Iámbulos, un hito importante en el desarrollo de la novela griega. Iámbulos, relata Diodoro, dedicado desde niño a la cultura (*paideia*), siguió no obstante la carrera de su padre, un mercader. «Subiendo hacia la región de los aromas en Arabia» (lo que probablemente implica un viaje por tierra, siguiendo la ruta de las caravanas hacia el Yemen), el grupo de Iámbulos cayó en poder de unos bandidos. Iámbulos y uno de sus compañeros pasaron luego a manos de unos etíopes, que los llevaron a su país con intenciones de utilizarlos en un antiguo rito purificadorio. Pues, explica Diodoro, existía entre los etíopes una ley, confirmada por los oráculos de los dioses durante veinte generaciones o 600 años, según la cual, para los efectos de purificación, dos extranjeros deberían ser enviados al mar en una embarcación suficientemente fuerte para resistir las tormentas y con víveres para seis meses (II, 55.2-3). A Iámbulos y a su acompañante se les ordena, así, navegar hacia el sur: deberán llegar a una isla feliz, habitada por hombres excelentes y, entre ellos, llevarán en lo sucesivo una existencia bienaventurada. Si así ocurre, los etíopes disfrutarán de paz y vida feliz por (otros) 600 años; mas, si los enviados se asustaran en la inmensidad del mar y volvieran atrás, sufrirían grandes castigos como impíos y culpables de ultraje a toda la nación etíope (55.4).

Enviados, así, como víctimas propiciatorias, Iámbulos y su compañero logran llegar finalmente a la isla aludida, donde son bien recibidos por los habitantes. Se trata de una isla redonda, de una circunferencia de 5.000 estadios –es decir, no es demasiado grande. En realidad, forma parte de un grupo de siete islas, iguales en tamaño y a igual distancia unas de otras, y donde los habitantes observan todos las mismas costumbres (56.1, 58.7).

Es, en verdad, un lugar maravilloso, como resulta de la descripción. Veamos primero su naturaleza física: su clima es templado, aunque se encuentra en plena región ecuatorial. Sus habitantes, en consecuencia, no sufren del frío ni del calor. Día y noche tienen la misma duración; al mediodía, ningún cuerpo proyecta sombra, porque el sol se encuentra en el zénit (56.7). Además, los frutos maduran a lo largo de todo el año –aquí hay una referencia explícita a la homérica isla de los Feacios (*Odisea*, 7.120-121). Los isleños no necesitan afanarse en el trabajo, porque los alimentos de la tierra se producen prácticamente por sí solos, y con exceso en relación a sus necesidades (57.1). Una especie de pan dulce se prepara con facilidad del fruto de una caña (57.2). Abundan peces y aves y árboles frutales silvestres (59.1). Hay, por supuesto, abundantes fuentes; de agua caliente, que sirven para el baño y para aliviar la fatiga, y de agua fría, dulce y benéfica para la salud (57.3). Más todavía, es dulce el mar alrededor de las islas (58.7).

Entre la fauna hay especies extraordinarias: una gran serpiente, inofensiva y comestible, y un animal pequeño, con cierta semejanza a la tortuga: redondo, con cuatro ojos y cuatro bocas, pero un solo estómago, de modo que se alimenta el cuádruple de otras especies. Tiene bajo su cuerpo numerosos pies, por lo que puede moverse en cualquier dirección que quiera. Su sangre también posee excepcionales cualidades medicinales: porque pega en su lugar cualquier miembro que haya sido cortado de un cuerpo viviente. Se encuentra asimismo un ave de gran porte, que presta el servicio que se dirá (58.4-5).

Maravillosa es también la naturaleza de los hombres. Físicamente, son casi iguales entre sí, todos de más de cuatro codos de alto. Los huesos de sus cuerpos son flexibles; se pueden doblar y luego se enderezan de nuevo, como los tendones (56.3). Sus cuerpos son notablemente blandos, pero más fuertes que los nuestros –observa Diodoro-Iámbulos–; cuando han cogido un objeto con sus manos, nadie puede arrebatárselo de la presión de sus dedos. No tienen pelo en ninguna parte del cuerpo, excepto en la parte superior de la cabeza, cejas y pestañas, además de la barbilla. Son, con todo, notablemente hermosos y bien proporcionados. Las aberturas de sus orejas son mucho más anchas que en las nuestras, pero han desarrollado válvulas que pueden cerrarse (56.4). Su lengua se bifurca a partir de cierta extensión; ellos ahondan artificialmente, hacia adentro, la división natural. Con esta «doble lengua», pueden imitar no sólo todo lenguaje articulado humano, sino también el piar de los pájaros y, en general, reproducir cualquier particularidad de sonido. Diodoro no consigna explícitamente la información, pero con seguridad lo anterior quiere decir asimismo que estos extraordinarios nativos son capaces de hablar todos los idiomas. Además, pueden sostener conversaciones separadas al mismo tiempo, con dos personas (56.6).

Son extraordinariamente longevos, viviendo con facilidad hasta ciento cincuenta años, y casi no sufren enfermedades. Quien queda lisiado es obligado a abandonar él mismo la vida, de acuerdo a una ley inexorable (*mathistánein eautònen toû zên anankázousi katà ton nómon apòtomon*). Por lo demás, no se debe sobrepasar cierto número de años y sí cada uno cumplir voluntariamente su ciclo de existencia: para facilitar las cosas, crece en la isla una planta tal, que si un hombre se acuesta a su sombra, queda dulcemente dormido y muere (57.5). No hay matrimonio en este extraordinario archipiélago: tienen sus hijos en común y las mujeres, manteniendo a los niños que nacen como si fueran propios, los aman en igual forma. Las nodrizas a menudo cambian los niños que están a su cargo, para que ni aun las madres puedan reconocerlos. Por consiguiente, no hay entre los isleños rivalidad por honores y cargos (*philotimía*) ni conflictos civiles (58.1). En cuanto a la educación de los niños, esa ave de gran tamaño –y amistosa, al parecer– les ayuda a probar su temple de ánimo: siendo aún infantes, han de dar un paseo por el aire, montados en tales aves. Se cree que los que no soportan bien ese paseo no vivirán mucho y no son dignos de ser criados (58.5).

Cultivan especialmente la astrología y usan un sistema de escritura con sólo siete caracteres, que, combinados de cuatro diferentes modos, constituyen veintiocho signos fonéticos. Escriben de arriba abajo, en columnas (57.4). Viven en grupos basados en el parentesco (*katà syngeneías*), de no más de 400 individuos (57.1). En cada grupo, el más anciano ejerce la función directiva, a modo de un rey; cuando el que ha estado en funciones, habiendo llegado a la edad señalada, pone fin a su vida, el siguiente en edad lo sucede (58.6). Rinden culto a los dioses que contienen todas las cosas –el aire y el éter, se quiere decir–, al sol y a los cuerpos celestes (59.2). Incidentalmente, nos dice Diodoro que del Sol toman nombre la isla y sus habitantes (59.7).

Aunque todos los isleños disfrutan de todo lo que producen las islas, no se dejan llevar sin freno en el disfrute, sino que viven con sencillez y toman como alimento sólo lo que basta para sus necesidades. Nada se sabe de los refinamientos de la buena cocina (59.1). Claro que no se exceden en la comida; porque, aunque no comen siempre lo mismo, todos comerán,

en ciertos días, pescado; en otros, ave; en otros, la carne de animales terrestres y, en otros aún, simplemente aceitunas y unos pocos bocados (*prosophemátos*, «entrada»). Se turnan en ayudarse, algunos pescando, otros trabajando como artesanos, u ocupándose de actividades útiles o prestando servicios –*leitourgeîn*: se trata de las «liturgias» a que están obligados los ciudadanos en las ciudades griegas (59.6). Rinden honores a sus muertos enterrándolos bajo la arena de las playas, de modo que la pleamar los cubra de más arena (59.8).

Tal vez Iámbulos y su compañero hubieran querido vivir para siempre en este extraño lugar. Pero llevaban siete años de residencia cuando fueron expulsados, por los vicios y malos hábitos de su educación –no eran reeducables, en definitiva. En el mismo bote en el que habían llegado, bien aprovisionados, debieron emprender un nuevo viaje, que se prolongó por más de cuatro meses, hasta llegar a las costas de la India. El compañero murió en el naufragio, pero Iámbulos fue llevado ante el rey en Palibothra (se trata de la misma capital que conocieron Megástenes y otros griegos de la época post-alejandrina); este monarca, acogiéndolo amistosamente, le permitió volver a Grecia a través de Persia. El afortunado viajero consideró –observa Diodoro– que tenía que poner por escrito sus aventuras (60.3).

Así, Iámbulos parece ser un viajero del tipo de Eudoxo de Cízico o Pitheas de Massalia. No siempre se reconoció el carácter de *novela* que tiene el relato sobre las Islas del Sol: con otras novelas helenísticas, desde la *Novela de Alejandro* del Pseudo-Calístenes, a las *Etiópicas* de Heliodoro, al *Dafnis y Cloe*, tiene de común el relato de viajes, generalmente por países exóticos o situados en los confines de la Tierra –Etiopía y la India suelen ser los paisajes favoritos–; las vicisitudes por las que pasan los protagonistas (raptos, naufragios, desencuentros de amantes –si los hay) añaden el elemento dramático<sup>28</sup>.

Mas también la novela de Iámbulos es una utopía; quizás la primera del género, si exceptuamos la *Politeia* platónica, que tiene otras características<sup>29</sup>. No sólo el aislamiento será característico de los cuadros utópicos de todos los tiempos; la naturaleza especialmente benigna aporta lo suyo. Comunidad de bienes y de mujeres, por cierto, conforme ya al postulado platónico. Si la Pankhaia de Evemero mostraba también un régimen comunista a su modo, la igualdad se encuentra en las Islas del Sol realizada al máximo. Incluso igualdad física, en todo sentido; hasta del día y la noche. Puesto que los Solares hablan todas las lenguas, en las islas de Iámbulos no hay distinción de idiomas. Incluso un rasgo que se ha señalado propio de las utopías, la pedantería y la manía detallista, se anuncia ya en la obra de Iámbulos<sup>30</sup>.

<sup>28</sup> Sobre la novela de Heliodoro, cf. ALTHEIM, F., *El Dios Invicto*, Eudeba, Buenos Aires, 1957, pp. 81-94, que la pone en relación con el culto solar.

<sup>29</sup> Cf. GABBA: «A utopia can be regarded as the result of the assertion of spontaneity as against reason. Thus nature, which renders up its fruits without the necessity of human labour, allows men to live in a state of nature, without any particular social organization, and makes trade unnecessary. Alternatively, a utopia can be regarded as the result of a social organization perfected by reason, as opposed to the normal world, which is corrupted by contact between communities»; *op. cit.*, (n.1), p. 58.

<sup>30</sup> Cf. CIORAN, E., *Historia y Utopía*, Tusquets, 1952 (*Histoire et utopie*, 1960), p. 121-122. Cf.: «Recomiendo la descripción del Falansterio como el más eficaz de los vomitivos»: *ibidem*, p. 123.

No sólo utopía en cuanto construcción racional: también, mezclada con ella, aparece el mito arcaico y la esperanza escatológica que responde a las tensiones del momento. Pues se ha señalado el fermento escatológico que impera en la época helenística: del Libro de Daniel a los oráculos sibilinos, al Apocalipsis de Histaspes, a los textos mazdeístas<sup>31</sup>. Por doquiera, se espera de la consumación del *Aión* la reparación de las injusticias y de la opresión del momento: la igualdad resultará de ello. El sentimiento escatológico no queda en la pura espera; se traduce también en lucha y levantamientos. Así Aristónico de Pérgamo, rebelde al dominio romano en la flamante provincia de Asia, apela a los oprimidos de toda laya con el símbolo solar de Heliópolis, que Posidonio compara al reino de los esclavos del sirio Eunys, en Sicilia. Y el tema solar, en la forma que adopta la racionalidad de la utopía, se prolonga hasta la *Ciudad del Sol* de Campanella<sup>32</sup>.

\*

Posiblemente Diodoro no mostró mucho sentido crítico al incorporar trozos de novelas utópicas a su propia obra, como si fuesen material histórico. Hacía sin duda lo que su público esperaba<sup>33</sup>. Mas la *Bibliotheca* incorpora asimismo temas míticos tradicionales, como el de la isla o tierra de los Hyperbóreos, añadiéndole apenas la dosis de racionalización que supone asignarle una ubicación geográfica de cierta precisión. La Isla de Occidente retoma el tema tradicional de las Islas de los Bienaventurados, pero ya «secularizado»: es el simple *locus amoenus* de tanto relato maravilloso, convertido en lugar de retiro o refugio. Las Islas del Sur, de Evemero y de Iámbulos, integran el elemento utópico, que, aunque conserva a modo de ecos míticos o escatológicos, tiene más de construcción racional, alternativa a las irrationalidades de la vida real, evasión o promesa de futuro.

Repertorio de «maravillas», relato paradójico, novela utópica o exposición científica estropeada, los pasajes pertinentes de la obra de Diodoro tienen la virtud de proporcionar una suerte de suma de la visión que los antiguos tenían del mundo de los confines\*.

<sup>31</sup> Cf. ALTHEIM, F., *Alexandre et l'Asie*, Payot, París, 1954, pp. 185-193. El autor muestra también en un texto mazdeísta como el Bundahish, la igualdad esperada para el nuevo Aión. También VIDAL-NAQUET, P. «Los judíos entre el Estado y el apocalipsis», en NICOLET, *Roma y la conquista del mundo mediterráneo 264-27 a. de JC*, 2, Labor, Barcelona, 1984, pp. 706-740.

<sup>32</sup> ALTHEIM, *op. cit.* Discusión sobre la influencia de la novela de Iámbulos en la ideología de Aristónico de Pérgamo en BÖMER, F. *Untersuchungen über die Religion der Sklaven in Griechenland und Rom II* (1961) 396-415 (Ak. Wiss. Mainz, Geistes- und Sozialwiss. Kl. 1961, Nr. 4), cit. por GABBA, *op. cit.* (n.1), p. 59, n.40.

<sup>33</sup> «The inclusion of utopias as if they were real societies by Diodorus, in the middle of the first century B.C., is significant. Wholly detached from the real world, these utopias were just as plausible and possible for the vast majority of their readers, who read novels as if they were history and who longed to escape from the present to an egalitarian dream-world»; GABBA, *op. cit.* (n. 1), p. 59.

\* Artículo recibido el 15/10/2008 y aceptado el 30/10/2008.

### **Fuentes**

ARRIANO, *Índika*

DIODORO DE SICILIA, *Biblioteca Histórica*

ESTRABÓN, *Geografía*

EUSEBIO DE CESAREA, *Praeparatio evangelica*

HERÓDOTO, *Historia*

HESÍODO, *Trabajos*

*Himno homérico a Apolo*

HOMERO, *Odisea*

LACTANCIO, *Institutiones Divinae*

PLATÓN, *Timeo*

PLUTARCO, *Sertorio*

### **Bibliografía**

ALBALADEJO VIVERO, M., «Algunas consideraciones críticas sobre los viajes de Eudoxo de Cízico», en *Gerión* 2007, vol. 25, N° 1, pp. 235-258.

ALTHEIM, F., *Alexandre et l'Asie*, Payot, París, 1954.

ALTHEIM, F., *El Dios Invicto*, Eudeba, Buenos Aires, 1957.

BEAGON, M., «Situating nature's wonders in Pliny's *Natural History*», en *Vita Vigilia est. Essays in honor of Barbara Levick*, ed. by E. Bispham & Greg Rowe, with E. Matthews, Institute of Classical Studies, University of London, 2007, pp. 19-40.

BOSWORTH, B., «Augustus, the Res Gestae and Hellenistic Theories of Apotheosis», en *Journal of Roman Studies*, Vol. LXXXIX, 1999.

CIORAN, E., *Historia y Utopía*, Tusquets, 1952.

GABBA, E., «True History and False History in Classical Antiquity», en *The Journal of Roman Studies*, Vol. 71 (1981), pp. 50-62.

GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., «El relato de viajes en la literatura griega», en GRAMMATICO, G. *et al.*, *Búsqueda, aventura y descubrimiento*, UMCE, Santiago, 1996.

GÓNGORA, M., «El Nuevo Mundo en algunas escatologías y utopías de los siglos XVI a XVIII», en GÓNGORA, M., *Estudios de Historia de las Ideas y de Historia Social*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 1980, pp. 13-48.

GREEN, P., en Diodorus Siculus: Books 11-12.37.1. *Greek History, 480-431 BC - the Alternative Version*. Translation with Introduction and Commentary by Green, P., University of Texas Press, Austin, Tex., 2006.

NESSELRATH, H.-G., «'Where the Lord of The Sea Grants Passage to Sailors Through the Deep-Blue Mere no More': The Greeks and the Western Seas», en *Greece & Rome*, Oct. 2005, vol. 52, N° 2, pp. 153-171.

NICOLET, C., *L'Inventaire du monde. Géographie et politique aux origines de l'Empire Romain*, Fayard, 1985.

ROBERTSON, E., «Dejémoslo ser un dios si quiere. Consideraciones sobre la Apotheosis», en GRAMMATICO, G. Y ARBEA, A. (eds.), *El ascenso. Pegaso o las alas del alma*. Col. Iter, Santiago, 2003, pp. 143-161.

ROBERTSON, E., «La Ciudad de los Césares entre el Mito y la Historia», en *Revista de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación* N° 3, 1997, pp. 131-146.

ROLLER, D. W., *Through the Pillars of Herakles: Greco-Roman Exploration of the Atlantic*, Routledge, 2006.

ROMM, J. S., *The Edges of the Earth in Ancient Thought: Geography, Exploration, and Fiction*, Princeton University Press, Princeton, N.J., 1994.

VIDAL-NAQUET, P., «Los judíos entre el Estado y el apocalipsis», en NICOLET, C., *Roma y la conquista del mundo mediterráneo 264-27 a. de JC*, 2, Labor, Barcelona, 1984, pp. 706-740.

WALBANK, F. W., *The Hellenistic World*, Fontana, 1981.

WALBANK, F. W. et al., *The Cambridge Ancient History: The Hellenistic World*, Part I, Cambridge, 1984.